

## LA LISTA DEL CUBO

Ahmel Echevarría\*

Agradecí haber escuchado la bendita alarma del despertador. La había programado para que tuviera una melodía grata y al menos fuera dulce mi despertar. A las cinco de la mañana, las notas musicales de *The London Bridge is falling down* interrumpieron la sucesión de imágenes y sonidos que se sucedieron dentro de las paredes de mi cabeza durante casi toda la noche.

Me sentía agotado, tenía un largo día de trabajo con Bob Esponja y El Mexicano, debía estar al volante de la furgoneta en un viaje de 280 kilómetros y había decidido acostarme temprano la noche anterior. Me fui a la cama poco antes de las nueve de la noche y sin la ayuda de somníferos caí en el sueño con el peso de un bloque de acero y concreto. Pero cuando se está verdaderamente agotado no bastan ocho horas de sueño. Debes considerar los imprevistos aunque tu plan sea irte a la cama y dormir. Y un imprevisto es la hora de despertarse, por más que te prepares te toma por sorpresa. Por esa razón escogí la melodía de la alarma: *The London Bridge is falling down*. La bendita alarma. La dejé sonar. Eran las 5:00 a.m., me quedé acostado boca arriba tamborileando las notas musicales ejecutadas por el despertador, hasta que Janela me dio un codazo:

—Ten un poco de piedad, por amor de Dios. Apágala... hoy es domingo.

A pesar de haber elegido la melodía de la alarma, cuando sonó el despertador mi corazón latió a mil golpes por minuto, como tantas veces a lo largo de mi vida pasé toda

---

\* Ahmel Echevarría (La Habana, 1974). Narrador. Graduado de Ingeniería Mecánica en el Instituto Superior Politécnico “José Antonio Echeverría”. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y de *Latin American Studies Association* (LASA). Tiene publicado los libros *Inventario* (Premio David 2004, cuento, UNION, 2007), *Esquirlas* (Premio Pinos Nuevos 2005, novela, Letras Cubanas, 2006), *Días de entrenamiento* (Premio Franz Kafka de Novelas de Gaveta 2010, FRA, República Checa, 2012), *Búfalos camino al matadero* (Premio José Soler Puig 2012, novela, Oriente, 2013), *La noria* (Premio de Novela Ítalo Calvino, 2012, UNION, 2013; Premio de la Crítica Literaria de 2013), e *Insomnio –the fight club-* (Beca “Razón de ser” 2008 de la Fundación Alejo Carpentier, relatos, Letras Cubanas, 2015. En 2017 obtuvo el Premio Alejo Carpentier con la novela *Caballo con arzones*, en proceso de publicación por la Editorial Letras Cubanas.

Ha formado parte de varias antologías. Cuentos y textos críticos suyos aparecen publicados en varias revistas. Textos críticos suyos aparecen mensualmente en el sitio web [Hypermedia Magazine](#). Actualmente trabaja como editor del sitio web [Centronelio](#).

Ahmel [boomerang@cubarte.cult.cu](mailto:boomerang@cubarte.cult.cu)

la noche soñando. Y al igual que tantas veces a lo largo de toda mi vida, podía recordar el sueño. Pero esa vez amanecí con dolor de cabeza —uno de los que te taladra el cráneo de lado a lado—, y la clásica transpiración que mana del cuerpo cuando tienes el papel protagónico en una buena pesadilla. Era un agudo dolor. Como si un caballo me estuviera pateando la sien.

Fui al baño.

Del botiquín tomé un par de calmantes y me miré en el espejo. Intenté sonreír pero solo alcancé a duplicar una horrible mueca. Me lavé la cara. De la repisa tomé mi kit mágico: Gillette Mach 3 Turbo, crema hidratante Gillette y colonia Nivea. Tras el rasurado intenté una segunda sonrisa frente al espejo: lucía como la mierda, para colmo tenía un raro sabor en la boca.

Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Respiro. Y exhalo. No estoy solo, hay un hombre cruzado de brazos. Al parecer está esperando por mí. Hay poco menos de diez metros entre él y yo. Es negro. Una prenda cuelga del brazo de ese hombre, quizá sea un saco. Un saco gris. El negro no lleva corbata y mueve una de sus manos. Mientras camino a su encuentro ese hombre repite el mismo gesto. Al parecer me está pidiendo que huela, que respire profundo. Le devuelvo un gesto a manera de respuesta. Entonces inhalo, repleto así mis pulmones. Y suavemente exhalo toda aquella mezcla. Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Conozco el color, el olor y hasta el sabor de la arena del desierto. Pero nunca olí el ozono, al menos eso creo, tampoco he escuchado de alguien que lo haya paladeado. El negro camina hacia mí. Su saco cuelga del hombro. Los días de tormenta huelen a ozono, eso dicen, es el olor que se siente justo antes de comenzar la lluvia. A electricidad dicen que huele el ozono, el aroma azul de la descarga eléctrica. Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Los perros no se atreven a comer la carne podrida. Ese negro parece tener más de sesenta años, lo delatan las canas y las pocas arrugas de su rostro. Cuando un negro tiene canas y arrugas ya está bien maduro. Me saluda con un guiño y una palmada en el hombro. Lo conozco de algún lugar. Caminamos en silencio, despacio. He visto a los perros huir con un pedazo de carne en la boca. Los he visto apurar el paso. Cierro los ojos, el negro viejo y yo y un par de perros estamos en una calle desierta. Es mediodía en Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. Estamos en una calle donde solo se escucha el sonido del viento. Arrastra finos granos de arena, ladridos y el lejano estallido de las bombas. Buena parte de las viviendas están destruidas. Y los perros huyen con un pedazo de carne en la boca, pero no está podrida. Lo puedo asegurar. Los vi acercarse a los cuerpos sin vida de los civiles, las bajas del Ejército de Resistencia o a los soldados muertos. Dan un pequeño rodeo, olfatean el aire y el suelo. Lamen la sangre derramada en el asfalto cuando se aseguran de que no hay ningún peligro. Y también lamen las heridas. Devoran coágulos de sangre, los trozos de sesos o arrancan un pedazo de carne del cuerpo de los muertos. Como chacales. Como hienas. Pero es una carne que el calor del asfalto y el sol de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya todavía no han descompuesto.

—¿Encontraste la felicidad en tu vida...? —dice el negro viejo; está parado frente a mí, vestido con una camisa blanca, pantalón gris, el saco lo lleva colgado del hombro; ese negro es Morgan Freeman, estaba seguro de que lo conocía de algún lugar—, ¿la encontraste?

Mientras sonrío miro a los lados. Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Estamos, Morgan y yo, sentados en unas butacas muy cómodas. Todo es silencio. Solo hay nubes

a nuestro alrededor. El cielo, o lo que se alza sobre nuestras cabezas, tiene una tonalidad que alterna el gris y el amarillo tenue. Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora. Respiro profundo. Y exhalo. Espero a que pasen las nubes. Si digo que impresiona cuanto alcanzo a ver no es justamente por la belleza del panorama. Es solo por la altura. Desde mi butaca todo Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya es un horrible escenario. Las nubes van a la deriva unas detrás de otras, es una suerte, avanzan despacio, muy despacio. ¿Cúmulos, nimbos, cirros? Qué más da, son solo nubes muy gruesas y es una verdadera suerte que apenas permitan ver cuanto sucede abajo. Pero a nuestras butacas llega el olor de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. Sé del acre olor de la pólvora.

—¿Tu vida les llevó felicidad a otros...? —dice; debo volver la cabeza hacia atrás, Morgan está parado detrás de mi butaca, el saco cuelga de una de sus manos.

¿Mi vida les llevó felicidad a otros?

Pienso en Gunila y un dolor muy agudo se clava en mi sien. “Gunila” —digo—. Mi enorme y dulce gata tirada en un callejón, a media noche; su falda desgarrada, los moretones en los brazos y muslos, una herida en su cuello. Como un fogonazo, la imagen de esta mujer llega a mi memoria. ¿Por qué la muerte de Gunila estalla en mi memoria? ¿Acaso es cierto que no hice nada por ella? Dios tiene un plan para cada uno de nosotros y no nos pone ante pruebas que no seamos capaces de superar. Eso dicen. Y siento unas palmadas en mi hombro. Siento un leve apretón. Morgan me guiña un ojo. Y sonrío. Pienso en Janela da Alma y el mismo dolor me taladra la cabeza. “Janela” —digo—. Sus largas uñas pintadas de rojo, tirabuzones de falso cabello rubio, un feto sanguinolento en sus manos. Como un fogonazo la imagen de esta mujer llega a mi memoria. Vuelvo a crisparme. Janela me llamó hiena y asesino cuando intenté convencerla de que por el momento en nuestra relación no cabía una tercera persona y era mejor un aborto. ¿Habrá servido para algo que uno de los caimanes blancos de ojos azules la mirara directamente a los ojos? Janela me pidió visitar La Tierra de los Caimanes y así lo hice. Una amiga le comentó lo de la buena fortuna que podrías recibir si uno de esos caimanes te mira a los ojos. Si te miran debes pedirles algo, y tu petición se cumplirá. Janela insistió. Le pedí el Ford a El Mexicano. Y la llevé a ese parque. Eran cuatro caimanes de color marfil y unos ojos de un profundo azul. Cuatrocientos kilos de puro músculo y más de tres metros de largo. Colmillos, garras, una piel como de escamas de piedra reseca y blanca. Unos ojos de un profundo y frío azul. ¿Cómo es posible que un animal tan bien parecido pueda darte buena fortuna? No éramos los únicos que habían ido a visitar a los caimanes blancos. Nos costó llegar y pararnos junto al enrejado que rodea al estanque de Los Cuatro Fantásticos. Una de esas bestias se movió en dirección a nosotros y levantó su enorme cabeza. Primero miró a Janela, luego a mí. Vi el rostro de Janela luego de que el caimán la mirara; parecía haber hablado con el mismo Jesús. Y me abrazó. De regreso a casa me confesó lo que había pedido al caimán: estar juntos por siempre, tener un bebé. ¿Exactamente cuándo se está listo para la llegada de un bebé? Una vez estuve enamorado de una mujer tres años mayor que yo. Y ella de mí. O quizá estuvimos viviendo dentro de una burbuja de gas alucinógeno durante poco menos de ocho meses el mismo año en que regresé de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. Cierro los ojos y me veo en un apartamento en las afueras de la ciudad. “Jazmín” —digo, y su imagen es un fogonazo en mi memoria—. Una bella mujer con un nombre de flor; árabe o persa su nombre, a tono con la mitad de sus genes. Pero no éramos solamente ella y yo. Tenía una camada: dos hijos. Me habló de Dios, de su familia, de su realidad —su realidad era el trabajo como veterinaria en el Departamento de Control y Cuidado de Animales, su realidad también era su camada—. Me habló del

sacrificio. Solo pude hablarle de mi realidad y de lo que yo entendía por sacrificio —mi realidad era mis primeros trabajos con El Mexicano, el ojo de cristal y El Albatros; ¿mis sacrificios?: mis primeros trabajos con El Mexicano, el ojo de cristal y El Albatros—. Estábamos enamorados y dijo que bien podía regalarme la posibilidad de tener un hijo si pensábamos en serio nuestra relación. ¿Estábamos listos para hacer más grande su camada? En caso de arrepentirme el aborto no era una opción a tener en cuenta. Jazmín me volvió a comentar la posibilidad de tener un hijo. Solo le pregunté si estaba segura de cuanto me proponía. Aquella mujer sonrió: “Tener un bebé es un regalo de Dios. Dios no creó la muerte, Dios nos da vida abundante” —dijo cuando quisimos definir qué tipo de relación teníamos y hacia dónde nos estábamos moviendo—. Estábamos enamorados. Pero una burbuja de gas alucinógeno es solo una burbuja de gas. “Jazmín” —digo para que en mi memoria perdure el halo de luz tras el fognazo.

La mano de Morgan Freeman palmea suavemente mi hombro, también me regala un suave apretón. Pero qué es el amor. ¿El amor es elección? ¿Es libre elección? Y ante mí sonrían Janela, Gunila y Jazmín. ¿Y qué es la soledad? ¿Es libre elección el amor? Pienso en la fatalidad. “Janela, Gunila, Jazmín” —digo—. El amor sería algo así como la libre elección de la fatalidad. “Fatalidad” —digo—. Es el haber dado de cara con nuestra parte más secreta y fatal y jodida de nuestra existencia, de nuestro torcido ser. ¿Qué es la soledad? Es una burbuja de gas el amor. Gas alucinógeno. O aparentemente alucinógeno. Entrar en la burbuja. Repletar tus pulmones. ¿De eso se trata la felicidad? Jazmín, Gunila y Janela caminan alrededor de mí. “Jazmín, Gunila, Janela” —digo—. Me acerco a ellas. Con el índice trato de tocar el rostro de cada una. Pero mi mano las atraviesa. Como si sus cuerpos estuviesen hechos de gas. Cuando Janela pasa frente a mí doy un salto hacia ella. Entro en ella. Respiro profundo. “Janela” —digo—. Repletar mis pulmones con ese gas que es mi Janela del alma. Creo que el amor es pura mezcla química. Creo que la felicidad es pura mezcla química. Ketamina y cerveza, mi amor. Special K y Heineken, mi amor.

—¿Por qué me preguntas? —digo—, ¿a qué viene todo eso de la felicidad?

Morgan sonrío. Está parado frente a mí, poniéndose el saco. Este viejo me pregunta si luce bien y no solo quiere saber si el saco está cortado a su medida. Me confesó que estaba a punto de patear el cubo. Cáncer terminal en los pulmones. Le queda poco tiempo de vida y tiene una lista de dieciocho deseos a cumplir. Morgan quiere completar su Lista del Cubo y al parecer lo hará con estilo. Con mucho estilo. Debería darse un salto hasta La tierra de los Caimanes para visitar a Los Cuatro Fantásticos. Cuatrocientos kilos de puro músculo, más de tres metros de largo, una piel como de conchas de piedra blanca y ojos de un profundo y frío azul. Algo pasa cuando te miran.

—Luces estupendo, Morgan. ¿Por qué me preguntas?

Se atreve con unos pasos de baile. No lo hace mal para su edad, para el cáncer que le está devorando los pulmones. En realidad no es Morgan Freeman, sino Carter Chambers, uno de los protagonistas de *The Bucket list*, pero entiende que es consigo. Solo estamos él y yo.

Morgan levanta el índice, con un gesto me pide mirar a nuestro alrededor: dos butacas muy cómodas, nubes y cielo —o lo que se alza sobre nuestras cabezas.

—Los antiguos egipcios creían que al morir, cuando las almas llegaban al cielo, los dioses le preguntaban dos cosas —dice, está sentado en el brazo de mi butaca—. Las respuestas determinaban si el difunto entraba o no al cielo.

Sonrío.

—Hay dos butacas, nubes y cielo —digo; también intento mirar hacia abajo, pero no consigo ver a través de las nubes.

¿Entonces dónde estamos Morgan y yo? El cielo tiene una tonalidad que alterna el gris y el amarillo tenue. Morgan se alisa el pantalón, también el saco y me pide, con un gesto, respirar profundo.

Arena. Ozono. Carne podrida. Pólvora.

Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Respiro profundo. Y despacio libero cuanto hay en mis pulmones. No estoy solo, hay un hombre sentado en el medio de la calle. Es blanco. Un saco beige cuelga de su hombro. Hay poco menos de diez metros entre ese hombre y yo. Espera por mí. Hace un gesto con el que me pide ir a su encuentro. No sé cómo puede soportar, sentado en el medio de la calle, el sol del mediodía. Con otro gesto me pide respirar profundo. Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Aspiro. Y exhalo despacio. Estoy frente a él, los rasgos de su cara dicen que además de tener poco más de sesenta años es Jack Nicholson o alguien muy parecido. Es el leve viento de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya al mediodía y entra por las ventanillas del todoterreno. Somos cinco: cuatro soldados y Jack. Vamos despacio. Arena, sudor, carne podrida y ozono es cuanto trae la brisa. Vamos en una pequeña caravana que avanza por una calle desierta. Escombros a la orilla de la calle. Fachadas destruidas. Cuerpos inertes bajo el sol. Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Se escucha el ladrido de algún perro, el monótono sonido del motor, lejanos estallidos.

—¿Encontraste la felicidad en tu vida...? —dice Jack; está sentado al lado del chofer, viste una camisa blanca a medio abrochar, pantalón beige; el saco lo lleva sobre las piernas—, ¿la encontraste?

Con un gesto nos pide que hagamos silencio y que miremos cuanto acontece fuera del todoterreno. Al parecer hay combatientes del Ejército de Resistencia apostados entre las ruinas, en las azoteas. Avanzamos despacio. No nos quedaba otro remedio. Si hay algo peor que el combate tal vez lo sea la aparente quietud en un terreno desconocido, donde hay quienes desean no verte jamás y están dispuestos a vestir una muda de ropas cortada o no a la medida, pero que sí incluye un par de accesorios: un detonador y explosivos — la combinación ideal para invitarte a un último baile.

Miro a los lados mientras Jack sonrío. Hay tres todoterrenos abandonados. A través de la ventanilla examino las fachadas y lo que puedo ver de algunas azoteas. El viento de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya penetra en mi nariz. Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Cuento ocho soldados caídos. Para el chofer son nueve. Varios cuerpos están destrozados. Quizá le dispararon con un RPG-7 desde alguna azotea o una bocacalle. Algunos cuerpos se pudren dentro de los hierros torcidos de los tres todoterrenos destruidos. Otros se hinchan al sol, sobre la calle. De los soldados muertos, dos aún agarran sus M16A2; aprietan los fusiles contra el pecho. Como si tras la muerte esperaran un nuevo combate, otra emboscada antes de ganar el cielo o lo que sea esperaban ganar.

Jack está parado en medio de la calle y mira a las azoteas, al cielo. Abre los brazos y sonrío. Respira profundo. Y traga una gran bocanada. Lleva el saco colgado al hombro. Me pide respirar profundo, basta con un gesto suyo para entenderlo. Conozco ese olor, el viento lo deja impregnado en la piel. Cierro los ojos y pienso entonces en Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. “Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya” —digo—. “Sam” —digo—. Y como si fuera un fogonazo a mi memoria llega la imagen de una mezquita al mediodía, el

lejano estallido de una bomba, y ese alarido en el que se escucha: “Allahu akbar...” ¿Dios es grande? ¿Pero quién soy para negarlo? ¿O quién soy, sino un homúnculo, para negar que estamos hechos a su imagen y semejanza, que Él antepuso su muerte para darnos la vida a nosotros?

Muchas gargantas gritan: “Allahu akbar”. Un dolor agudo detona entre las paredes de mi cabeza. Siento unos golpecitos en mi casco, luego un apretón en mi hombro. Jack está sentado a mi derecha dentro del todoterreno, el saco cuelga sobre uno de sus hombros.

—¿Tu vida les llevó felicidad a otros...? —dice; con un gesto me pide que esté atento, que preste mucha atención a las azoteas.

—¿Por qué me lo preguntas?

En realidad este sesentón no es Jack Nicholson, sino Edward Cole, uno de los protagonistas de *The Bucket list*, pero entiende que es consigo. Lo he llamado de ese modo desde que me pidió ir a su encuentro. Jack se arregla el cabello y vuelve a sonreír.

¿Mi vida les llevó felicidad a otros? Entonces cierro los ojos y pienso en Sam. “Sam” —digo—. Y me sorprende un estallido. Un fogonazo. Quizá fue una mina sembrada en la calle. Quizá fue un disparo de un RPG-7 desde cualquier azotea. Jack me lo advirtió. Debíamos estar atentos. Ni los Abrams escapan al disparo de esos lanzacohetes.

El todoterreno pierde el rumbo y se impacta contra una fachada. El chofer es un amasijo de carnes, huesos, tela y sangre mezclado con trozos de acero. También el copiloto. El estallido viene acompañado de un fogonazo. Me taladran la memoria. Siento unas palmadas y un apretón. Me vuelvo. Jack está junto a mí:

—¿Tu vida les llevó felicidad a otros...?

Apenas puedo verlo. Logro quitar un poco del líquido que me nubla la vista. Sangre. La sangre es la sede de la vida —eso dice El Mexicano—, la sangre no debe ser derramada; perder sangre es perder algo de vida. Pero la fe no es clara con la vida eterna. ¿O sí? Es sangre y quizá fue un chorro que manó de la cabeza del chofer o del cuerpo del copiloto. Y siento un agudo dolor. Es mi ojo. Ahora lo sé. Una esquirla se clavó en mi ojo derecho. Con un leve gesto Jack me dice que debo salir del todoterreno, señala hacia una puerta abierta y corro hacia allí. El resto de la caravana ha sido destruida. Unos pocos logramos salir medio vivos. Estamos dispersos, medio vivos y solos, cada cual parapetado donde alcanzó a refugiarse. ¿Dios está con nosotros? ¿Quién soy para decir lo contrario? Dios no creó la muerte. Dios nos da vida, vida abundante. Eso dicen. Y Jack me mira. Sonríe. Eso sí, el trance de la vida a la muerte es bien doloroso —eso dice El Mexicano—. Disparos. Arena. Sudor. Carne podrida. Ozono. Conozco el olor y el sabor de la arena de Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya. La calma en un lugar como Al-Jumhuriya al-‘Iraqiya tiene un raro y tenue olor. Así debe oler el ozono. La calma que se rompe tiene el aroma azul del arco eléctrico. Conozco el agrio sudor cuando el sol cae vertical y nos va cocinando desde las tripas. Es bien salado el sudor. Olemos como si ya estuviéramos muertos. Cuerpos que se agarrarán a sus fusiles incluso después de la muerte. Cuerpos a la espera de la última emboscada, esa que quizá nos impida ganar el cielo o lo que creemos vamos a ganar. “Sam” —digo cuando Jack me da un codazo e indica que algo se mueve allá en el todoterreno—. Sam grita. Intento salir para sacarlo del todoterreno y traerlo conmigo, pero el sesentón y las balas que estallan en la fachada me lo impiden. Sam grita. No puede moverse. Está atorado entre los hierros. Dios nos da vida en abundancia, pero es muy doloroso el tránsito de la vida a la muerte. Eso dicen. Y Sam parece estar varado en la mitad del camino entre la vida y la muerte. ¿Acaso no es justo que El Padre, El Hijo, o El Espíritu Santo hagan algo por

este chico? Solo bastaría un rápido pase de manos de la Santísima Trinidad para que saque a Sam de ese atolladero. Pero Sam me mira a mí. Sus alaridos están dirigidos a mí. ¿Por qué a mí? ¿Por qué no le pide a su Dios? ¿Acaso este era el plan de Dios diseñado para este chico? Quizá no fue dócil, quizá no se dejó guiar. Pobre Sam pecador. Dice El Mexicano que los cristianos tienen mesa común, pero no lecho o cama común. ¿Qué habrás hecho, Sam? Dios escribe derecho pero con renglones torcidos. Es muy jodido el relato que Dios ha escrito para ti, Sam. ¿Qué habrás hecho? Siento un puntapié en mi pantorrilla. Jack está de pie. Las balas impactan contra el todoterreno y la fachada de la casa donde nos hemos ocultado. Con un gesto Jack me pregunta cómo luce. Este sesentón no solo quiere saber si el saco está cortado a su medida. Me confesó estar a punto de patear el cubo. Cáncer terminal en los pulmones. Le queda poco tiempo de vida y tiene un amigo que ha hecho una lista de dieciocho deseos a cumplir. Se llama Carter Chamber. Jack quiere que a su amigo se le cumplan cada uno de los deseos. Lo ayudará, lo acompañará, y al parecer lo hará con estilo. Con mucho estilo.

—Luces estupendo —digo—, ¿pero por qué me has hecho esas preguntas sobre la felicidad?

Se alisa el pelo. Sonríe. Y se atreve con unos pasos de baile. No lo hace nada mal para su edad, para el cáncer que le está devorando los pulmones. Levanta el índice y con un gesto me pide mirar otra vez hacia el todoterreno. Tomo el fusil. Dios escribe derecho pero con renglones torcidos. Y como soy zurdo y me han jodido el ojo derecho no necesito esforzarme para hacer un buen disparo. Es una vieja rutina. Aguantar la respiración, colimar, apretar el gatillo un par de veces. Y revienta la cabeza y el pecho de dos árabes que iban por Sam. ¿Acaso este era el plan de Dios diseñado para este chico? Aguantar la respiración, colimar, apretar el gatillo. Y con un par de disparos termino la agonía de Sam.

—Los antiguos egipcios creían que al morir, cuando las almas llegaban al cielo, los dioses le preguntaban dos cosas —dice, Jack está parado bajo el umbral de la entrada—. Las respuestas determinaban si el difunto entraba o no al cielo.

Sonrío. ¿Dónde estamos Jack y yo? Aspiro profundo. Dice El Mexicano que el temor a Dios debe ser traducido como temer alejarse de Dios, apartarse, olvidar sus consejos y ser un irremediable pecador. El Mexicano también dice que el pecado es una obra de muerte. Y exhalo todo el aire apresado en mis pulmones. El Dios que nos ha tocado en suerte debe ser todo amor. Quién soy para negarlo. Qué soy sino un homúnculo. Y Jack hace un gesto de negación mientras vuelve a sonreír, porque ve cómo aprieto el fusil contra mi pecho.

Terminé el desayuno: yogurt de frutas, café, un par de huevos y tostadas. Incluso me serví un pedazo de pastel de manzanas horneado por Janela. Pero a lo largo del desayuno persistió en mi cabeza el dolor, retazos del sueño y las preguntas de Jack y Morgan.

Fui al baño. Puse bastante Colgate de eucalipto en el cepillo e insistí sobre mi lengua. El sabor a carne podrida, arena, pólvora y ozono al levantarme era una mala pasada que quería jugarme mi cerebro. Incluso me cepillé dos veces la boca y tragué un poco de Colgate. Me esperaba una larga jornada de 280 kilómetros tras el volante de una furgoneta y temía que volviera a sentir toda aquella mezcla de sabores y con ella el recuerdo de cada fragmento de mi sueño.

## COMO UN GATO

*Voy tras él. Le sigo los pasos con cuidado. Que no llegue a verme no es capricho, tiene que ser así. Por eso tardé en elegir el calzado: deportivo, muy ligero y dócil, también me vestí de negro. Con estos zapatos blandos le sigo y no alcanza a escucharme. Ese hombre sube despacio las escaleras, transpira; sé muy bien el motivo. Tal parece no poder con su cuerpo, como si le hubieran vertido plomo o aserrín y engrudo a su alma, a sus pasos (para frenarle las piernas, demorar la subida).*

Romper los límites entre literatura y vida. ¿De eso se trata todo?

Subvertir. ¿Disentir?

¿Qué es la literatura?

Creo saber qué es la vida. El yo utilizado para enunciar no es un yo colectivo. No es un dispositivo colectivo de enunciación...

Nota 1: Huir de los arquetipos.

Nota 2: ¿Soy un arquetipo?

Nota 3: ¿Puedo huir de mí?

La empinada cuesta no es solo la de un hombre escalera arriba, sino también la del que registra cada fracción de tiempo.

¿Qué hacer ante la dosis de subjetividad? ¿Qué hacer ante el dilema de lo real y lo verosímil? ¿Cómo observar y transcribir al unísono?

Soy un hombre escalera arriba. Una suerte de hombre duplicado o una variante del doble. El perseguidor. También el perseguido.

Voy tras él. Le sigo los pasos con cuidado. El deseo de mantenerme fuera de su zona de visión, en su punto ciego, no es capricho, tiene que ser así. Por eso tardé en elegir el calzado: deportivo, ligero, dócil. También me vestí de negro. Sube despacio las escaleras, transpira. Sé muy bien el motivo. Tal parece no poder con su cuerpo, como si le hubieran vertido plomo o aserrín y engrudo a su alma, a sus pasos.

Voy tras él, no recuerdo si lo escuché hablar (era un circunloquio acerca de la muerte —debo intentar una vez más la maroma de la exactitud: lo escuché hablar de la idea de la muerte—, de intentar su exacta descripción, hablaba además de esa partícula de tiempo que la antecede, de la posibilidad / imposibilidad / de narrar la muerte o el tránsito hacia ella) o si fue esa voz que no es de nadie (porque es mi propia voz) y me habla de todas las cosas de este mundo. No pocas veces he sentido la necesidad de

aborrecerla. Porque aparece y dice algo de Mamá, otras de Padre; también la escucho como si fueran varias, muchas voces en una misma voz. Mi propia voz. Oigo lamentos, anuncios, quejidos; suben y bajan de tono y luego se apagan, y más tarde vienen, y otra vez suben, bajan... y canciones, muchos cantos. Y disparos. Un disparo acompañado de un fogonazo. El fogonazo es solo luz. Una luz blanquísima. Ciega. Blanca luz a veces sin sonido y el rojo esparciéndose en el suelo. El rojo fluir sobre las lozas sí tiene un sonido. El sonido es un grito desde las fauces de Padre. Un disparo acompañado de un fogonazo. El fogonazo, blanca luz. Ciega. Cierro los ojos y mis oídos se acostumbran al silencio y la penumbra, a las manos temblorosas de Mamá. La pistola en las manos de Mamá. El rojo fluir desde el pecho abierto de Padre. La húmeda piltrafa colgando en la portañuela abierta de Padre. La sangre entre las canillas del muchacho cegado y sordo tras el fogonazo y el disparo. El líquido ligeramente salado desde los lagrimales a la boca del muchacho obligado a desnudarse.

¿Qué ha sido del muchacho?

¿Quedó cegado y sordo tras el fogonazo y el disparo? ¿Fue un solo disparo?

Padre yace en el suelo; Mamá, de pie, todavía lo encañona (el muchacho, desnudo, observa la escena).

¿Es cierta la súbita luz en el cañón cuando acontece el disparo? ¿O fui cegado por la repentina luz del techo?

Abro los ojos, hoy no puedo recordar cómo sonaba la voz; esa voz... logró convencerme de intentar la dualidad, de seguir a un hombre, de anotar cada gesto suyo y cada gesto mío, describir el brillo de sus ojos, mis ojos, también consignar en el cuaderno cualquier sonido (como el de los pasos del perseguido y el perseguidor durante esa partícula de tiempo excluida casi del tiempo mismo), registrar cuanto dice esa voz a lo largo de esa partícula de tiempo.

Traje un gato a casa (una de las crías de la siamesa de Ahmel). Diluir somnífero en la leche es el mejor modo de llegar al misterio de sus patas. Hay en ellas todos los caminos recorridos por los gatos. Sus pasos son los pasos de otros gatos. El devenir del gato montés, el de los persas azules de la Reina Victoria, el abisinio, o el de los gatos sagrados que maullaban los secretos de los faraones.

Son sus patas, ellas guardan el misterio. Es allí donde se esconden el secreto y la semilla de todo silencio. El silencio es uno, enorme; la mudez habita y se mueve y se alimenta en las patas de todos los gatos, y en sus ojos; pero solo me interesan las patas. Por eso voy detrás de un hombre y no siente mis pasos. Las suelas se tragan el ruido, como las patas del gato. No hago ruido; es la voz, la siento aquí en el pecho y dice: "Calla, camina, escabúllete, escóndete de ti y ve tras de ti; calla y anota, no puedes olvidar ningún detalle". Ahmel me dijo: "Nunca olvides ningún detalle".

Escucho los latidos del corazón, anoto los latidos. El corazón se mueve demasiado rápido.

¿Cómo describir el sonido del corazón?

Es mudo el corazón. Bien mirado ese sonido es el golpe del flujo de sangre al cruzar la zona de la sien, o aquel otro contra la mano puesta sobre el pecho, también el suave golpeo en las yemas que presionan el cuello.

Anotar lo siguiente: es mudo el corazón.

Me incomoda ese silencio, porque niega cuatro siglos de literatura (cubana); me incomodan también los quejidos, anuncios, las voces de todos los que hablan voz en cuello tanto en el piso de arriba como en el de abajo. Aturden... Y las sirenas, aturden... ¿Por qué escogí la noche y estas escaleras?

Agregar al relato la siguiente observación: las escaleras están vacías, oscuras, sucias; el encargado no ha hecho su trabajo (se le debe comunicar al Consejo de Vecinos la necesidad de ponerle fin a tal falta de compromiso o canallada; el encargado gasta el tiempo de la limpieza y la reposición de las bombillas en beberse el dinero; lo dilapida con dos o tres putas en plena madrugada).

Todas las voces de mi voz están dentro de los apartamentos esperando a que las escuche. Hay poca luz, la oscuridad se traga el sonido del brillo... y vamos camino a la azotea para completar la descripción (mi relato incluirá además el salto y la llegada al suelo, aunque debiera decir, para intentar la maroma de la exactitud: la descripción del salto, la caída libre, el impacto contra el pavimento).

Debemos huir del patetismo en la descripción.

Debemos huir, mientras se pueda, de la parte en que se ralentiza el relato aludiendo a los desesperados latidos de un corazón enterado del salto.

Debemos olvidar el tiempo psicológico para narrar la caída libre, el impacto.

¿Cómo devenir / narrar, el ser decidido al salto, la caída libre y al impacto? ¿Cómo lograr una suma de apuntes ni tan clínicos ni patéticos?

Ya lo dijo Ahmel: “las palabras que usamos para designar esas cosas están viciadas, no hay nombres en la zona muda”.

Nota 1: Narrar la Zona Muda.

Nota 2: Demostrar que la literatura ha llegado a un límite. No lo ha logrado rebasar y el asunto dura ya cuatro siglos.

Nota 3: Subvertir. ¿Disentir?

Es una suerte la fatiga, así descanso. Él sabe de mí. Tanto como yo de él. Soy más fuerte que yo mismo, eso implica ser más débil que yo mismo. Perseguir, anotar gestos (en una rápida descripción). Quizá por eso el abundante sudor. Se le pega la camisa al cuerpo (anotar lo siguiente: las marcas de humedad en la espalda se mueven al compás de la respiración al menos cuando el perseguido pasa bajo la única bombilla). En la oscuridad es imposible saber qué sucede con las manchas de sudor. Puedo dar fe de ello; no alcanzo a ver las marcas del sudor en la camisa pero sí tocarlas (anotar: hay una suerte de pacto, quien está dispuesto a saltar y quien lo sigue se permiten el contacto, cierto reconocimiento, una colaboración en el completamiento del relato).

Húmedas, casi frías las marcas de sudor en la espalda; la caja del cuerpo se mueve en la oscuridad (Nota: es imposible no respirar mientras se suceden los minutos en esa partícula de tiempo que antecede al salto, a la caída libre). Ahora siento el miedo, “huele demasiado, me irrita la nariz” (¿Ahmel aceptaría esta metáfora?). ¿Acaso es la marca de la duda? Quizá no sea miedo al salto, sino el temor de no ser exactos cuando se transcribe lo ocurrido. Ahmel me ha dicho más de una vez: “lo que ven tus ojos es simultáneo; lo que transcribirás, sucesivo, porque el lenguaje lo es”.

¿Cómo sortear esa carencia en el lenguaje escrito? ¿Un asunto de técnicas?

Nota 1: El acto de simular un evento ocurrido en el contexto de lo real supone un fingimiento.

Nota 2: Aunque consigas reproducir exactamente en el plano de lo real las condiciones en las cuales se origina y desarrolla dicho evento, se trata de una simulación.

Nota 3: Lo simulado es real, pero no Lo Real.

Entre las antenas de la azotea lo veo moverse. Quizá no desea despertarlas; es bueno que mantenga ese paso como de plomo, o de aserrín y engrudo vertido en su alma y los pasos. Si despiertan, si las antenas advierten el mudo sonido del corazón y el andar, todos los televisores también lo harán, y levantarán de sus camas al vecindario con el noticiario de la madrugada, las películas... Admiro los gatos, viven ajenos a esta necesidad: la circunstancia de vivir con una banda sonora, una dramaturgia, créditos en el inicio y el fin de cada episodio de nuestras vidas. Hay en los noticiarios una banda sonora, una dramaturgia. Allí, dice Ahmel, transcurre editada nuestra vida. En el Oriente alguien muere fragmentado en mil pedazos: esa es la contracara de nuestra vida anodina en Occidente (anotar lo siguiente: morimos fragmentados en mil pedazos en un apacible apartamento en una isla del Caribe cuando estalla un coche bomba en Bagdad).

Como los gatos, conservo intactos los ojos sentado frente a mi ventana. Allí acaba el aburrimiento.

Nota 1: Recordar que, según Ahmel, un nuevo tipo de texto debería excluir las digresiones (un nuevo tiempo requiere un nuevo tipo de texto —Ahmel gustaba de parodiar la postura y el metal de voz de su profesor de Física: la energía de este tiempo es “cinética”, no “potencial”).

Nota 2: ¿Un nuevo tipo de texto requiere necesariamente un nuevo tipo de lector?

Golpea la brisa en la azotea. A dos cuadras está el mar, una larga franja de roca y concreto.

Apenas hay luz. Caminar, simplemente caminar. Registrar cuanto sucede a pesar de la poca luz. Caminar con cuidado. Dejar por escrito: “Las piernas lo llevan a donde él quiere, no lo detienen los charcos o cualquier basura atravesada en el camino”. No me importan los charcos, la basura...

¿Qué hacer con el encargado? Por el momento dejemos a ese hombre.

A pocos metros el borde de la azotea. Medio cuerpo casi por encima del muro. Abajo el asfalto (anotar: la calle debe estar un poco más sucia que la escalera). Enjugarse la frente y ver la caída de las gotas de sudor. Gotas acumuladas en la yema del índice. Caen. Una suerte de ejercicio previo es la observación de la caída de las gotas. Alejarse del muro. Nos alejamos del muro. Acercarse otra vez. Nos acercamos otra vez. La cabeza busca el vacío. El pecho sigue el recorrido y ya tenemos el corazón mirando lo que está delante y abajo, pero las piernas quedan en su sitio. Cuanto sucede en el contexto de *Lo Real* es simultáneo, y el lenguaje de mis notas sucesivo. Mi nariz no funciona bien, el olor del miedo se mezcla con el de la humedad. Te acostumbras al hedor de un barrio viejo sumido en la humedad. Anotar lo siguiente: para acceder a la belleza de la ciudad, a la belleza de su arquitectura, es necesaria la analogía con el holocausto. El arte de las ruinas. El centro de la ciudad no como un parque temático sino instalación en donde no es tal la puesta en escena, sino una simultánea y real *mise en abyme*. Un arte comprometido, uno de los propósitos de ese arte es involucrar al individuo, lo sitúa en un contexto aparentemente real para ser modificado con el tiempo (si la ciudad tiende a la ruina no es una ciudad real, es un constructo, una simulación), las líneas de fuerza que lo atraviesan son generadas por un agente externo.

Consignar lo siguiente: en ese contexto de arte comprometido hay un hombre en una azotea y va camino al borde. La decisión del salto implica quebrar una suerte de límite auto impuesto, un ilógico automatismo altera el flujo del tiempo.

Caer, chocar contra el pavimento. Huesos rotos, la carne abierta, la sangre fluyendo: la ruina del cuerpo.

¿Hay belleza en el cuerpo agonizante?

Según el encuadre, el juego de luces y sombras, puede haber belleza en el cuerpo exánime. En las fosas comunes donde yacían centenares de cuerpos aniquilados con Zyklon B estaba el *Magnum Opus* del Tercer Reich (hay en esa operación de selección, ejecución y perfeccionamiento, un toque de ironía: el gas fue desarrollado por un judío alemán). Hombres y mujeres son despojados de sus ropas, de manera ordenada seguían un plan. Hombres y mujeres bajo las órdenes de quien ponía en marcha el mecanismo. Un performance para vaciar el cuerpo, literalmente, de significados. La víctima pierde el control de los esfínteres. Centenares de cuerpos vaciados de recuerdos, no podían contener los desechos líquidos y sólidos; centenares de cuerpos vacíos de significados. En ese performance no hay límites entre lo privado y lo público, la colectividad y la individualidad. Del amasijo de cuerpos desnudos, seleccionar el encuadre, ejecutar el disparo. Buscar la perfección. ¿Un cuerpo desnudo y sin vida que convoca al eros es un cuerpo exánime?

En los desnudos masivos de Tunick el cuerpo deja de tener significado. Hombres y mujeres de manera ordenada se despojan de sus ropas y siguen un plan. Hombres y mujeres bajo las órdenes de quien pone en marcha el mecanismo. Un performance para vaciar el cuerpo, literalmente, de significados. No hay límites entre lo privado y lo público, la colectividad y la individualidad (hay en esa operación de selección, ejecución y perfeccionamiento, un toque de ironía: se han originado debates en donde se discute si hay arte en estas instalaciones —y en sus instalaciones nadie muere). ¿El cuerpo desnudo y palpitante que no convoca al eros es un cuerpo vivo?

El arte enfrentado a lo moral.

La muerte enfrentada a lo moral.

El artista enfrentado a lo moral.

¿Qué hacer ante la dosis de subjetividad?

Quisiera yo verle la cara, el sudor, los gestos. Solo puedo cerrar los ojos e imaginarlos. Imaginarme. El viento. Bate el viento y arrastra tierra adentro el aire de mar. Fresco aire de mar tras el aguacero de una tarde de verano. Es el borde otra vez.

Anotar: “Será el borde otra vez, de un salto trepará a al muro, despegará los pies y dejará atrás la azotea”.

Anotar, antes de emprender la carrera: “Corro detrás de mí sin que me importen los charcos”.

El borde otra vez, trepar a al muro con un salto, dejar atrás la azotea.

¿Qué hacer ante la dosis de subjetividad?

¿Qué hacer ante el dilema de Lo Real y Lo Verosímil?

Nota 1: El arte incluye, inevitablemente, una dosis de subjetividad.

Nota 2: Todo relato incluye, inevitablemente, una dosis de subjetividad. ¿Por qué supones, Ahmel, la subjetividad como una de sus carencias?

Nota 3: Ahmel había planteado el dilema de Lo Real y Lo Verosímil en la narrativa. Fue atacado con dureza cuando dijo: “Ya es hora de cambiar algunas reglas (fue algo irónico, pues no dijo Reglas sino Lineamientos Literarios)”. ¿Es pertinente su idea y la concreción del Fight Club? ¿Es pertinente haber aceptado (todos asentimos, apenas hubo discusión) la publicación de nuestros textos bajo una firma digamos plural, un yo *colectivo* —una suerte de dispositivo colectivo de enunciación?

(Concentrar en una abstracción múltiples deseos. Un acto de reducción, o de concentración: múltiples deseos como un deseo múltiple. Sumados, el alcance y fuerza de múltiples deseos no conducen a un deseo múltiple. Ahmel no operaría desde esa simple cuenta de bodeguero. Sin embargo no logro entender el verdadero alcance de su ardid. Porque su primer destino no es a la Literatura. Por el momento no puedo hacer nada más que anotaciones previas, suposiciones.)

Nota 4: Ahmel había planteado no solo el dilema de Lo Real y Lo Verosímil en la narrativa, también en el contexto de Lo Real. ¿Hablabas solo de arte?

Nota 5: “Todo Estado es capaz de narrar un relato, el Estado como una eficiente máquina narrativa” —dijo Ahmel en el penúltimo encuentro.

Nota 6: Valorar mi permanencia en el Fight Club.

Cerrar los ojos para situarse en el contexto del sonido del disparo y el fogonazo. La blanca luz es muda. Tiemblan las manos de Mamá. Una pistola en sus manos. La sangre fluyendo desde el pecho abierto de Padre. Su piltrafa húmeda colgando de la portañuela abierta. El rojo fluir entre las canillas del muchacho cegado y sordo tras el fogonazo y el disparo.

¿Qué ha sido del muchacho?

El líquido ligeramente salado desde los lagrimales a la boca del muchacho obligado a desnudarse.

¿Quedó cegado y sordo tras el fogonazo y el disparo? ¿O cegado por la súbita luz del techo?

Mamá yace en el suelo; Padre, de pie, todavía la encañona (el muchacho, desnudo, observa la escena).

¿Fue un solo disparo? ¿Hubo en verdad un disparo?

Abrir los ojos y situarse frente al dilema de Lo Real, de Lo Verosímil.

Dejar consignado que las notas del relato son el relato mismo.

Dejar consignado mi conformidad acerca de la necesidad de ciertas reglas.

Dejar consignado la existencia de Mamá y Padre, del pecho de Mamá y Padre agujereados y sangrantes sobre el piso, del muchacho con las canillas desnudas y su piltrafa húmeda colgando de la portañuela abierta (el líquido ligeramente salado desde los lagrimales a la boca del muchacho obligado a desnudarse —una pistola en las manos temblorosas del muchacho).

Dejar consignado que la libreta en mi bolsillo es para Ahmel.

Nota 1: ¿Ahmel situará a la literatura, o a su literatura, en la picota? El Fight Club en la picota.

Nota 2: El Fight Club frente a lo moral. Ahmel frente a lo moral.

Nota 3: Le tengo altísima estima.

Dejar consignado que mi libreta es una sumatoria de notas. ¿Ellas son el relato mismo?

Lo que sigue irá en letra cursiva en caso de existir una posible transcripción:

*Salto y trato de llevar las manos a la altura de los pies. Así caen ellos, los gatos (el cuerpo de esos felinos es muy flexible, su esqueleto tiene más de doscientos treinta huesos —en el atlas de nuestro esqueleto conté, si mal no recuerdo, doscientos seis huesos—, la gran habilidad del gato en el salto se debe, creo, a su poderosa musculatura; la cola le otorga estabilidad cuando ejecuta el salto, también en la caída).*

*Todo pasa volando, rápido, arriba, rápido, el aire... El aire me molesta; el frío sube, la ropa se pega y detrás aletea. Luces. El aire molesta.*

Mi permanencia en el Fight Club depende de la aceptación de las digresiones. En ese punto (en su negación) Ahmel se contradice (él, además de citar sin revelar nombres, disfruta, y cito sus palabras: “las delicias de la pérdida”).

No sé qué es la literatura, pero la vida incluye las digresiones.

¿Qué se propone Ahmel en realidad?

Lo suyo, creo intuir, es una suerte de arte comprometido, un arte en el cual intenta involucrar al individuo; lo sitúa en un contexto aparentemente real para ser modificado con el tiempo (si una ciudad tiende a la ruina no es una ciudad real, es un constructo, una simulación), las líneas de fuerza que lo atraviesan son generadas por un agente externo. Pero su propuesta debe ser más compleja. Una doble *mise en abyme*.

¿Nuevo arte político?

Lo que sea debe incluir las digresiones.

Es fresco el aire, llega desde el mar en esta noche de verano. Ahí vamos.  
El aire debe molestar en la caída.

## A MEDIANOCHE

Ahí van. Una mujer va en el medio: Claudio, Malena, Joaquín. ¿Solo disfrutan de la brisa que arrastra, tierra adentro, los olores del mar? Mientras caminan junto al muro del litoral se vuelven hacia el arrecife. A ratos conversan. No les importa el tema, no quieren caminar en silencio. Esta noche la corriente del Golfo es un lento fluir. Leve rompe el mar contra el dienteperro.

Claudio mira el reloj, luego al cielo. Y sonrío. ¿Será una buena señal? Quizá.

Las manecillas marcan la medianoche, la luna es apenas un trazo de falso neón. Será una madrugada fresca, cerrada.

Es el mes y la hora ideal. Fue una decisión atinada escoger el mes de marzo. Si así lo piensa Claudio es porque todo, al parecer, ha ido marchando tal como lo ha planeado. Y vuelve a mirar al cielo.

El litoral es una apacible franja de agua, roca, un largo muro y pavimento. Muy pocos amantes han decidido terminar o comenzar el día frente al mar.

Por cierto, llámenme Ahmel.

Al parecer habían acordado vestir ropas ligeras, sin embargo sudan. Entre los tres se han repartido la carga. Joaquín lleva el saco con las herramientas y los remos. A Claudio le ha tocado la mochila con las latas de conservas, la lona, también las varas de bambú. Malena carga los pomos de agua y algo de comida: galletas, panes, embutido, queso.

Han hecho el camino junto al largo muro del litoral —Joaquín no debe perder de vista la acera de enfrente, Claudio se ocupa de vigilar la costa, Malena debe estar al tanto de cuanto pasa en la avenida—. Llevan poco más de media hora caminando en busca del lugar al que deben llegar. Malena ya no pregunta cuánto falta, ella alterna la mirada entre el horizonte, Joaquín y los edificios, y canta en voz baja —no desafina tanto al imitar a la Lupe, total, qué más da, si a veces la vida es falsedad bien ensayada, estudiado simulacro—. Claudio la observa, una mirada apenas perceptible; aunque lleva una mochila para nada ligera y las varas de bambú, decide trepar al muro.

—Falta poco —dice. Sonríe y silba el estribillo de la misma canción.

El negro Joaquín se inquieta con los golpes de viento. El aire pega la ropa al cuerpo de esa mujer y revela la verdadera silueta. Él cuida que nadie lo sorprenda, pero a veces no puede resistir, se vuelve hacia Malena y dice, para tener una justificación y mirarla: “¿Se fijaron?, está relampagueando... ¿Lloverá? Ojalá no se pique el mar, no hay nada más feo que un mal tiempo en plena madrugada.”

Joaquín habla y habla, entonces le recuerda a Claudio y a Malena que con el cielo encapotado es imposible guiarse por las estrellas: “¿Trajimos una brújula? Sin la Osa mayor y la Estrella Polar estamos bien jodidos”.

También pregunta si olvidaron el botiquín: “¿Trajeron algún remedio para el estómago?”

Claudio se ha dado cuenta de las intenciones de Joaquín, por eso intenta ocultar la risa. Sería imperdonable perderlos de vista. También haría lo mismo: caminar más despacio. A Malena ya no le preocupan los golpes de viento, su saya se levanta con las andanadas; quizá esa brevísima prenda sea una de las piezas de su bañador. Y Malena asiente, porque es ella quien carga el botiquín. Y sonrío, leve, tan leve como la tela de la saya y la blusa.

Es imposible para Joaquín no clavar sus ojos en el cuerpo de esa mujer.

Cómo esquivarla.

Nadie puede.

Nadie.

Aunque desde el muro busca una marca en el arrecife, Claudio no deja de observar cuanto sucede. Malena va cantando el estribillo casi al compás de la Lupe. Parece entretenida, sin embargo no pierde de vista el cuerpo de Joaquín. Los ojos de esa mujer, es decir su mirada, recorren la piel de ese hombre tal como si amasara los músculos. Su mirada se desliza cuerpo abajo, en el mismo sentido de las gotas de sudor. Esas gotas humedecen la camisa en las axilas, la espalda, también el pecho recio, lampiño y musculoso. Y Claudio tararea el estribillo. Se adelanta. ¿Falsedad bien ensayada, estudiado simulacro? Los mira de reojo. Tienen una figura casi perfecta ese negro y Malena, cada uno lleva a cuesta una carga bastante pesada, sin embargo se despreocupan de la caminata, del cansancio. Tal vez lo más importante para ellos sea el juego, espiar al otro sin que el observado lo advierta, comparar la verdadera forma del cuerpo con aquel contorno idealizado y grabado en la memoria. ¿Acaso es puro teatro?

Sí, respirar profundo, como ahora hace Claudio, que además lleva su mirada a la camisa de Joaquín y se detiene en las axilas, luego en los brazos, se regodea en esos pectorales a medio descubrir, y en las piernas. Sus ojos siguen la misma ruta de las gotas de sudor, la contracción de los músculos, pero en voz baja parece decir “Malena”. Traga el aire de mar y algo murmura. ¿Acaso está cantando? Quizá. O puede haber repetido el nombre de esa mujer. Entonces se acomoda el bulto en la entrepierna y le pregunta si le pesa la mochila.

Mientras habla los observa. Preguntar es la justificación perfecta para mirarlos. Un hombre y una mujer sudados.

Es imposible para Malena y Claudio no mirar a Joaquín.

Cómo esquivarlo.

Nadie puede pasar por alto a este hombre.

Nadie.

Relampaguea, unas nubes de tormenta se agolpan, pero la brisa al parecer las irá alejando. Claudio, que todavía sigue caminando sobre el muro, se detendrá. Se inclinará sobre el vacío. Y mirará el reloj, luego al cielo. Basta esperar. Y sonreirá. El motivo debería estar asociado con una señal. Todo, al parecer, marchará según lo planeado.

Dibujado en el muro hay un pequeño círculo, dentro tiene una cruz.

Esa debe ser la marca, es decir la señal.

—Llegamos... Joaquín, vamos para abajo.

El trabajo de Malena quizá sea acá arriba, porque se sienta en el muro, de espaldas a la ciudad.

—Déjame ir delante —dice Claudio.

Joaquín acepta.

Comienzan a bajar.

Apenas han hablado, están pendientes de no caer. Claudio le comenta a Joaquín que han salido con el pie derecho. Ningún problema hasta ahora, tampoco ningún curioso — y se vuelve hacia Malena.

La luz de las farolas desdibuja la silueta de la mujer. Arriba está ella, sobre el largo muro del litoral. Su saya se levanta con las andanadas, sin premura ataja los vuelos de la saya y la pega al cuerpo. Malena no parece fingir, tal como se lo ha pedido Claudio. ¿Hay algo de rutina en sus gestos? ¿Y Joaquín? Camina encorvado, agarrándose de los salientes en el arrecife; se vuelve hacia el muro cada vez que Claudio deja de hacerlo, pero termina esquivando a Malena cuando la luz de la farola del Morro barre el litoral.

—No pensé que esto fuera tan difícil —dice Joaquín.

—Dame el saco, lleva tú la mochila y las varas.

Con un gesto asiente. Ahora Joaquín lleva la carga más liviana, pero sigue encorvado.

Llegar hasta la otra marca ha sido fatigoso. Según le ha dicho a Joaquín, son dos piedras de río grises a poca distancia una de la otra. Las farolas de la avenida, tampoco la luna, alcanzan para iluminar las dos chinas pelonas —las piedras deben ser el inicio y el fin de un trazo imaginario paralelo a la línea de la costa.

—Coge —dice Claudio. Le alcanza uno de los picos y con el pie señala la china pelona—. Cuando te avise, rompe donde mismo está la piedra.

No se puede cavar en cualquier sitio, supuestamente no valdría el esfuerzo. Calma, mucha calma, aunque la luz de la luna no alcance para alumbrar la costa, encontrará la otra marca. Debe caminar en línea recta o intentar hacerlo. Sus pasos van en paralelo a una estrecha zanja en el arrecife. Rara cavidad en la roca.

Es otra piedra gris, lisa y redondeada, lo que debe encontrar.

Y da el primer paso mientras cuenta.

“Tres, cuatro... —dice en voz baja—.” Ya suman doce. ¿Por qué ha dado uno de más si con once trancos cubriría la distancia entre los dos puntos?

Como no hay otra china pelona y esa piedra que ha encontrado es lisa, gris, y le cabe en el puño, se detiene. Con la mirada busca a Malena. No está sentada, da paseos cortos en el muro. Antes de cavar debe preguntarle si la avenida sigue tranquila.

—Cuando quieran —grita Malena.

Claudio hace la seña acordada, pero Joaquín no reacciona. Repite el gesto y el negro tampoco responde. Claudio grita: “Joaquín... Joaquín...”. Entonces el negro le pregunta

cuándo puede empezar, porque ya está listo. Claudio, además de repetir la señal, le dice: “Cuando quieras”.

La roca comienza a quebrarse bajo los golpes.

Agudo ruido.

El arrecife es una piedra muy dura.

¿Se escuchará muy alto? ¿Acaso el ruido podrá llamar la atención de algún transeúnte?

Luego de cavar durante media hora, Claudio decide tomar un descanso. Joaquín es una máquina y ahora no mira a Malena; al parecer, la imagen del rostro de esa mujer, los pezones marcando la tela, las curvas del cuerpo bajo la ropa y el eco de una orden le bastan para cavar.

¿Acaso solo descansa? Sigue los golpes de Joaquín en el arrecife. Es imposible mantener su ritmo; es un buen tipo, puro músculo, un hombre lampiño y manso.

Allá en el muro, la mujer se entretiene con los suaves golpes de mar, los brazos de Joaquín y el pico encajándose en el arrecife. El negro suda. Apenas lo pierde de vista. Claudio sabe que el juego no terminó llegado el momento de bajar a la costa, sigue siendo intenso, furtivo.

Tras la bocanada de aire, se estira y luego se acomoda el bulto en la entrepierna. Presiona la tela del pantalón. Aunque Malena esté sobre el muro y Joaquín en el arrecife, parecen estar a nada de distancia. Quizá Claudio imagina a Joaquín abriendo a punta de pico el sexo de Malena. En cada golpe lo entierra más. Es una máquina. Pero *máquina* no es la palabra correcta. La boca de Claudio no alcanzaría a nombrar lo que cizallan sus ojos y cuanto bulle en el cerebro. *Músculos, grajo, sudor, un enorme corazón bombeando el torrente de sangre a los brazos, las piernas, el pico y la pinga gruesa, nervuda, grande...* Es eso, Joaquín es justo eso: un animal perfecto. Y algo susurra mientras observa a Joaquín. ¿Acaso repite el nombre de Malena?

Claudio podría llevarse las manos a la nuca, aspirar hondo. Muy hondo. Tragar esta mezcla de grajo, salitre y perfume dulzón. En espiral a los pulmones. Como en los míos. Malena, Joaquín, el mar: todo ha quedado adentro —demorará en exhalar cuanto ha tragado.

¿Qué otro detalle debería tener en cuenta para llegar a la palabra que resuma la escena de Joaquín, el pico y Malena? Tal vez deba mirar más allá del cuerpo de esos dos. Ella cruza las piernas, se inclina, sus manos presionan la ingle. Claudio intenta develar la silueta a contraluz sobre el muro. Donde va la cara debería trazar las facciones de la mujer, en el busto estarían las dos puntas grandes y oscuras marcando la tela, más abajo una prenda breve, negra. Un animal perfecto. Y se apretaría otra vez el bulto en la entrepierna maniatado por la tela del short mientras balbucea algo. ¿Susurrar el nombre de Malena, el de Claudio? Sería imposible escucharlo, lo impedirían los golpes del pico y el sonido del mar contra el arrecife. Ahora Claudio se lleva las manos a la nuca. Aspira. Ensanchar las aletas de la nariz para tragarlo todo. Contenerse mientras se pueda. Casi hasta la asfixia. En los pulmones casi no hay oxígeno, entonces exhala.

—Disimulen, disimulen —dice Malena y hace una nueva señal—. Disimulen, vienen dos carabineros.

Joaquín esconde las herramientas y Claudio se levanta. Prepara las varas de bambú y lanza cordel, plomada, flotante y anzuelo al agua.

—¿Pican? —grita uno de los carabineros, el más joven; el otro debe andar por los cuarenta y cinco.

El más viejo no pierde de vista el arrecife y los senos de Malena. Ella se ha dado cuenta, lo deja entretenerse con sus tetas; mientras sus ojos parecen deleitarse con la luz del faro, el aire se le enreda en ese cabello rizado y negro y lo bate.

Malena comienza a silbar. Es la melodía de la telenovela: poco más de un centenar de capítulos en donde una colombiana, apodada La Gaviota —esa chica pobre y bella canta y cosecha café—, termina en la mansión, la cama y dentro del negocio de un joven apuesto y buenazo cafetalero también colombiano.

—No, no pican —Claudio se meza los cabellos—, la noche pinta fea.

—Mejor nos vamos, todavía nos quedan dos horas —dice el carabinero más joven.

Malena, que miraba en dirección a los carabineros, se vuelve hacia el arrecife:

—Empiecen cuando quieran.

Apuran el ritmo.

—¿Hasta dónde hay que cavar? —dice Joaquín.

—Yo te aviso —hunde en el agujero el cabo del pico y decide tomar otro descanso.

—¿Vas a pararte ahora?

—Déjame coger un cinco...

Si yo fuera él buscaría la garrafa de agua. Los veo cavar y siento la necesidad de empujarme el pomo. Si a Claudio le arden las manos, si el sudor y el salitre le queman la piel descarnada por el cabo, ¿cómo tendría mis manos de haber cavado con ellos?

Se empina la garrafa.

Largo trago.

Empapa su rostro y el cuello.

—¿Quieres agua?

—Quiero terminar.

Joaquín da un picazo. Desde el fondo del agujero emerge un sonido ronco.

—¡Malena, baja! —grita Claudio.

—Apúrense, los carabineros sintieron algo y vienen para acá —dice Malena desde el muro.

—Joaquín, cuando te avise vuelve a dar otro picazo.

Los dos hombres se acomodan frente a los agujeros. Cada cual toma el pico y lo alza, pero antes de la señal de Claudio Malena grita. Y se vuelven. Alguien ha aparecido, la tomó por sorpresa. Es un hombre de facciones toscas, crespos al parecer largos y castaños, y lleva un bulto dentro de una bolsa. Una bolsa es de nylon.

El hombre, antes de bajar al arrecife, dice: “Hola...”

Baja la pendiente sin dudar en cada paso, como si más de una vez lo hubiera hecho, como si no le importara caer y descarnarse con esta piedra abrasiva. O como si llevara urgencia y temor.

Al pasar junto a Joaquín y Claudio dice: “Hola, buenas noches. Sigán sin pena. Caven caven caven caven. Rompan rompan rompan rompan. Piquen piquen piquen piquen. Duro duro duro duro duro, queridos, voy a lo mío. Disculpen... ¿me regalan un poquito de agua? El salitre me dará mucha sed, no traje agua, no tuve tiempo, estaba escondido... estaba pasando un rato en un bosque y no tuve tiempo, no pude, no me dejaron... no tenía de dónde sacarla. Tendré mucha sed.”

Con un brazo se lleva el pequeño bidón a los labios; el otro, como si tuviera vida propia, aleja la bolsa de nylon de una posible fuga de agua desde aquella boca.

Sí, es un gesto exagerado.

Tragó poco más de medio litro

—Gracias, tendré mucha sed. No tenía de dónde sacarla, no me dejaron..., no traje agua, no pude, no tuve tiempo, queridos. Pero sigan en lo suyo. Caven caven caven caven caven. Rompan rompan rompan rompan rompan. Piquen piquen piquen piquen piquen. Duro duro duro duro duro, yo haré lo mío.”

Antes de irse acaricia la punta del pico que Claudio tiene en sus manos. Y sonrío.

Claudio y Malena se miran, luego se vuelven hacia Joaquín. El negro pregunta qué deben hacer. Y Claudio se encoge de hombros antes de volverse hacia el hombre.

Ahí va con su paquete, despacio, encorvado.

Algo busca.

Algo ha encontrado justo entre Claudio y Joaquín, porque alza un brazo tal como si agradeciera a Dios el hallazgo y deja la bolsa en el arrecife. Entonces se hinca de rodillas.

Claudio ha decidido caminar hacia el hombre. No estaba en sus planes, pero debe hacerlo. Lo sabe. Y sabe que debe mantener la distancia.

Camina despacio.

Tropieza.

Y se queda sin habla. —¿Cómo describir la sorpresa sin acudir a esta frase manida?

El hombre ha metido la cabeza en la estrecha zanja abierta en el arrecife, justo entre las dos chinas pelonas. Muerde las rocas. Es un ciclo frenético: roe el arrecife, se yergue, mastica y escupe, se vuelve a inclinar y muerde la roca. Al parecer no ha sido producto del azar el encuentro. Quizá Claudio también lo piensa.

Además de haber un plan, un cálculo, ahora tienen un imprevisto.

El hombre-roedor se detiene con cierta regularidad. Tas morder y masticar, escupe y traga una gran bocanada de aire. En una de esas paradas hace un gesto con la mano —su dedo índice señala hacia el arrecife—, y asiente, y guiña un ojo, luego dice: “Caven caven caven caven caven. Rompan rompan rompan rompan rompan. Piquen piquen piquen piquen piquen. Duro duro duro duro duro, yo seguiré en lo mío.”

Claudio sonrío.

Es sin dudas una buena señal.

Con trancos apurados regresa a su sitio frente al agujero.

Tras levantar el pico le pide a Joaquín que haga lo mismo y espere la orden. Al parecer deben hacerlo al unísono, para ello una palabra o gesto quizá sea la señal. Y se miran. Claudio respira profundo. El sudor en gotas sobre la frente y mejilla abajo, salado en el paladar. Entonces articula una palabra casi como un grito de guerra.

Estallido seco.

Metálico.

Un único ruido, largo y ronco, se escucha más alto que el leve rompiente del mar.

Una grieta se va abriendo entre los agujeros y continúa zigzagueando hasta llegar a la línea de mordiscos trazada por el hombre-roedor. El agua comienza a fluir acompañada de chorros de aire y esquirlas de arrecife. Un enorme pedazo de roca se está separando de la costa.

—¡Suelten los picos! —grita el carabinero más joven; está sobre el muro, intenta desenfundar el arma—, ¡y tú, levántate...!

—¡Dame la pistola! —el cuarentón encañona a su pareja.

Los dos hombres no dejan de mirarse. Para el carabinero más joven no debe haber otra realidad que el cañón de la pistola en las manos del cuarentón, el rostro contraído, las arrugas, unos ojos duros.

El cuarentón grita: “Dame tu pistola y vete”.

El joven carabinero no tuvo tiempo de abrir la cartuchera. La mirilla del calibre cuarenta y cinco lo tiene colimado. Una bala en el directo, el leve ruido del seguro al desactivarse y el dedo en el gatillo bastarían para calmarlo. El cuarentón lo sabe, quita entonces el seguro y pone el índice en el gatillo.

El carabinero más joven no exagera ningún movimiento. Abre con mucho cuidado la cartuchera, toma su arma. Sería muy tonto no entregarla.

Aunque su pareja ha subido al muro del litoral, el carabinero más joven se sabe todavía en la mirilla. No intenta hacer nada, al menos yo haría lo mismo. Lo ve asomarse al arrecife. Mientras, abajo en la costa los chorros de aire, agua y fragmentos de roca siguen escapando desde la grieta.

—Mejor te vas —dice el cuarentón, con el cañón señala hacia la avenida.

Su pareja de guardia obedece.

—Díganme en qué los ayudo —dice el carabinero.

En el instante en que los hombres intentan dar una respuesta, la roca termina de desprenderse. Un movimiento brusco sacude el suelo. Todos pierden el equilibrio, solo el carabinero y Claudio no caen al arrecife.

—¿Esto se está moviendo? —pregunta el cuarentón.

Claudio además se encoge de hombros: “No estoy seguro”.

—¿Pero no la desprendimos? —Joaquín se levanta.

Claudio asiente y señala un trozo de arrecife, sobresale en el agua.

Este negro sonrío, se sacude y camina hasta donde está Malena para ayudarla. Una acción en breve premiada con un beso en la mejilla.

Claudio se seca el sudor y camina hasta el borde del arrecife, el hombre-roedor escupe —con un dedo retira algo de su boca, quizá un pedacito de roca o un diente partido—, se acerca a Claudio y le pone el brazo en el hombro. El carabinero, tras comprobar que nadie lo observa, camina hasta los dos hombres. Al pararse junto a ellos, una de sus manos abandona el bolsillo del pantalón y lentamente va acercándose a la espalda de Claudio, pero se detiene a pocos centímetros y regresa al bolsillo.

La luz de las farolas y la luna no alcanzan a iluminar el arrecife, pero bastan para dibujar las siluetas. Claudio y el hombre-roedor se agachan, tal como si se hubieran puesto de acuerdo, se miran y meten las manos en el agua.

Sentir la corriente fluir entre los dedos, u observar la posición de la Estrella Polar o la Osa Mayor cuando las nubes lo permitan, o simplemente ver la porción de agua entre la orilla y el trozo de arrecife que a ratos cubre el mar, podría ser la única manera de saber si los planes de ambos tenían sentido. A pesar del leve tren de olas, Claudio siente, o cree sentir, una suave corriente. Y sonrío. Y el carabinero se decide y le da unas palmadas en el hombro.

Sí, la sonrisa de Claudio es una buena señal, a pesar de los imprevistos todo va aconteciendo según lo ha planeado. La isla ya no está soldada a la plataforma, ahora es una inmensa balsa de piedra a la deriva.

—Díganme qué hago —pregunta el carabinero cuarentón.

Claudio llama a Malena y a Joaquín:

—No podemos esperar más, vamos a traer los bultos.

Los dos hombres ensamblan las cañas de bambú una encima de la otra. Dos parecen sobrar, pero no, las pondrán transversal al mástil. Joaquín, el carabinero y Malena, con esas varas, sogas y una lona, armarán la vela. El hombre-roedor sonrío mientras los observa. Claudio no solo está al mando, busca en el arrecife el hueco donde debe encajarla. Tal vez esté lleno de agua. No hay por qué desesperarse. Debe tener calma, mucha calma.

Como parte de un viejo plan, después de elegir el lugar exacto donde debían cavar, buscó cual sería el punto indicado para clavar el mástil. Tomó las medidas del bambú, un cincel, martillo y una caña de pesca para disimular. En varias jornadas —según cuenta al carabinero— cavó el agujero. Para encontrarlo dejó una tercera marca: una china pelona grande y blanca.

Calma, mucha calma necesita para encontrar la tercera piedra. Pero no aparece el hueco.

Malena trae dos linternas. Salvo el hombre-roedor —está abriendo la bolsa de nylon— todos buscan. Joaquín se agacha, toma algo del piso, sonrío. Ahí está, grande y blanca.

Malena se acerca al hombre-roedor, le pide ayuda, pero le ha respondido que necesita tranquilidad, concentración: “Muchísima tranquilidad y muchísima concentración. Necesito quince minutos, corazón. Necesito tan solo quince... ¿puedo? ¿Me lo conceden? ¿Podrán dejarme tranquilo durante quince minutos? Antes no pude, no me dejaron... no tuve tiempo.”

Malena regresa al grupo: “Ese cabrón se sentó y se puso a escribir. ¿Lo pueden creer? Ni siquiera le molesta pegar el culo al dienteperro. Cómo podrá escribir si no hay una gota de luz.

Claudio se encoje de hombros

—No te preocupes. ¿No te dijo que le regalaran quince minutos?

Si esa ha sido la respuesta de Claudio es porque roer el arrecife basta para ganarse quince minutos sentado en el arrecife, escribiendo, y no ayudar con la vela.

Entre todos encajan el mástil.

Revisan el anclaje.

Sí, ha quedado firme.

Claudio y el carabinero tiran de la cuerda. La tela se va desplegando, es una inmensa lona gris. Se levanta por encima del muro del litoral.

Es cierto, muy leve es, pero al menos aquí en el arrecife se puede sentir el vaivén. Ya la isla avanza —al menos ya flota la isla grande, al amanecer se verá qué ha sucedido con los cayos e islotes.

La estela es apenas visible, el bloque que anclaba la isla a la plataforma ha quedado atrás. Bajo la oscuridad, el leve batir del agua contra el trozo de arrecife se confunde con la estela dejada por la isla mientras avanza movida gracias a la corriente de aire.

—Traigan los remos —dice Claudio mientras busca una brújula.

—Dame uno —pide el carabinero—, si vamos a remar en parejas lo haré contigo. ¿Dónde nos ponemos? Me voy a sentar detrás de ti para no perder el ritmo.

Doblan los sacos. Se han acomodado sobre las rocas estos remeros, justo en el borde del arrecife. Bogan. La estela de espuma, aunque leve, es cada vez más larga y curva. Las olas ya no golpean de frente a la costa. Mira la brújula, a las pocas estrellas: está cambiando el rumbo.

Ahora navegan en diagonal a la corriente. Es muy probable que el movimiento sea imposible de notar tierra adentro. El cambio de rumbo quizá sea apenas perceptible incluso para quien camine a lo largo del muro conociendo qué pasa acá en el arrecife. Para una embarcación tan pesada, como ahora lo es la isla, el leve tren de olas es insignificante. Quizá pueda sentirse el vaivén si azota un temporal, de veras es imposible advertir el movimiento.

Pero sobre el litoral se levanta una inmensa lona hinchada por el viento. No es necesario pararse en las azoteas o los pisos más altos de los edificios, la vela puede ser vista desde las bocacalles o la avenida.

Reman el carabinero y Claudio mientras Malena y Joaquín se alejan. Van callados, caminan de la mano cuidando no caer, hasta detenerse en una zona del arrecife, en varios escalones baja y se adentra en el mar.

Se paran frente a frente, como si también hubieran corregido el rumbo de sus ojos, las piernas, las manos. Se les ve buena parte del cuerpo pero no les importa. Dan de cara cada uno contra el cuerpo del otro. Y se besan. Y se tocan los dedos tímidamente, luego esos mismos dedos avanzan por toda la piel. Solo la tela es lo que frena el impulso del cuerpo, por eso Malena busca abrir los botones de la camisa de Joaquín, la portañuela. Él se acerca todavía más, se deja hacer. Su enorme pinga, cada vez más dura, embiste el cuerpo de la mujer. Ella también se abandona a las intenciones del otro: las manazas intentan desabotonar la blusa, abrir el zíper de la saya, dedos retirando el breve bañador, la boca carnosa de Joaquín besando el pubis ralo. Malena suspira, el negro Joaquín se encajará entre sus piernas.

Claudio mira a la pareja y le dice al carabinero que ya no van a la deriva, lograron romper la inercia. El hombre y la mujer están abrazados. Se besan. Las manos y las lenguas deben estar haciendo de las suyas en todo el cuerpo. Será un viaje largo, muy largo.

El aire de mar enreda en una misma ráfaga el perfume dulzón de la mujer, el grajo de Joaquín y el salitre. A ratos el agua salpica. Las aletas de la nariz se dilatan.

Inhalar.

Profundo.

Ningún olor debe escapar.

La isla se mueve, despacio. A mí me preocupan los cayos, los islotes. No sé al resto. Habrá que esperar el amanecer.

—¿Estás cansado? —dice Claudio al carabinero sin apartar la vista de la pareja.

Joaquín se entierra en la carne abierta entre los muslos. Ahí está Malena, montada sobre el hombre. Bate el aire y el aire bate el cabello rizado y negro de esa mujer. Dos

cuerpos se mueven acompasados bajo una noche cerrada. El hombre hace que la mujer caiga sobre él, suavemente, una y otra vez. Y gimen. La mujer deja escapar un quejido. Joaquín ahora golpea más fuerte dentro de Malena. Carne contra carne desdibujada por la bruma y la débil luz de las farolas de la avenida.

Salitre.

Gotas de sudor.

Agua de mar astillándose contra las piedras.

Es un roce suave la mano del cuarentón en la espalda de Claudio. El carabinero vuelve a tocarlo, señala hacia una amplia hendidura en la pared de rocas bajo el largo muro del litoral. Pero Claudio le toma las manos, le da unas suaves cachetadas y le dice algo en voz baja.

El cuarentón asiente. Antes de tomar el remo le aprieta el hombro. Los dos hombres vuelven a tomar el compás de la boga.

No somos los únicos al tanto de cuanto sucede con esos dos. El hombre-roedor también lo ha visto. Claudio lo advierte tan pronto ve la sonrisa y el guiño de ese hombre. ¿Cómo podía escribir sin nada de luz? ¿Qué debía estar escribiendo? Era cierto lo que dijo Malena: aquel hombre escribía como si lo guiara el demonio. ¿O en ello le iba la vida? Si yo fuera un hombre dispuesto a roer el arrecife para desprender de la plataforma a la isla, quizá escribiría algo que comenzara así:

*Yo tenía dos años. Estaba desnudo, de pie; me inclinaba sobre el suelo y pasaba la lengua por la tierra. El primer sabor que recuerdo es el sabor de la tierra. Comía tierra con mi prima, también tenía dos años. Era un niño flaco, pero con una barriga muy grande debido a las lombrices que me habían crecido en el estómago de comer tanta tierra.*

Pero no me hiqué en el dienteperro. Tampoco metí la cabeza en una zanja y trituré con dientes y muelas el arrecife.

Mientras boga, Claudio le devuelve el guiño y la sonrisa al hombre-roedor, entonces aquel toma una hoja. Escribe algo. Tras varios dobleces hace un pájaro y lo lanza. El vuelo del ave de papel termina en una brusca picada junto a Claudio. Y deja de remar. Tras deshacer los dobleces sonrío. Mira al hombre-roedor. Luego asiente.

Con todo viajan la mujer y los cuatro hombres. Llevan agua y algo de comida, cargan con el faro de la Fortaleza a la entrada de la bahía —y la cadena de fierro tendida de costa a costa para rajar el casco de los buques o chalupas que intenten, al amparo de una noche cerrada, hacer de las suyas en la grande bolsa de aguas turbias—, el largo muro del litoral y cuanto hay más allá de la avenida. Llevan un país a cuestras, si algo no tienen a mano —quizá la prensa, cigarros o alguna medicina— bastará subir y adentrarse en la ciudad. Algunas cafeterías seguirán abiertas toda la madrugada, pero no necesitan nada por el momento gracias al plan de Claudio. Tienen la madrugada y las primeras horas del alba para remar. En la mañana, al menos la isla grande estará más cerca de tierra firme —mirándolo bien, una isla que no va a la deriva es casi como tierra firme— si en medio del viaje no deciden cambiar el rumbo.

Han decidido arriar la inmensa lona. Si bajan la vela no es porque no quieran llamar la atención de los trasnochadores que se han sentado en el muro, cerca del mástil, junto al carabinero joven. El viento empieza a batir en contra. Algunos solo miran a los remeros, al hombre-roedor, o a Malena y Joaquín —regresan al grupo tras amancebarse casi a la vista de todos—. Otros dicen: “¿Podemos ayudar? Dame un chance, mi hermano. También a mí... Vamos a rotarnos, de todas maneras estamos en el mismo bote. ¿Se sabe para dónde van? ¿A dónde nos llevan estos cabrones? Para *allá* no... para *allá* no quiero. ¿Y por qué no? Hay mucha violencia, mucho odio a los negros, hay mucha comida chatarra y es malísima para el colesterol, y demasiado *smog*, el tráfico es terrible, los vecinos no se llevan, aunque lo digan no hay democracia y la televisión tampoco es buena, ¿su presidente?, de él ni me hables. Comemierda, a ese presidente tal vez lo puedas cambiar por una libra de mierda, pero se pueden dar el lujo de poner un presidente negro en las películas... y si pasa en las películas, puede pasar en la vida real. ¿Comemierda yo?, a mí no me crean, lo dice nuestra prensa. Disculpe, mi amigo, pero eso mismo pasa en cualquier parte y no lo digo yo, lo he leído en la prensa. ¿Cuál..., qué cosa? ¿Cuál qué...? ¿En qué periódico lo leíste? Vamos a dar una vuelta, cojones, quiero ver La Gran Barrera de Coral, La Tierra del Fuego... Yo tengo unos tíos en Galicia. Yo prefiero ir a Rusia... desde niño siempre quise ver la momia de Lenin, bien conservadito lo tienen, o a la Gran Muralla China. Dicen los chinos que el viaje más largo empieza con el primer paso. Vayamos al Louvre, o a Stonehenge, o a Nazca, o al Taj Mahal. Ni cojones, conozco u traficante de langostas, caguamas, cocodrilo, brandy y..., y con un poco de suerte y dinero consigues hasta una virgen, no está muy lejos de aquí ese cayó. Mejor al Vaticano, se murió Juan Pablo y no pude despedirlo, era un santo, quisiera ir al Vaticano, quién sabe lo que pase después... ¿Después?, se están llevando la isla y no te enteras. Pero eso no es nuevo... Comemierda. Preferimos ir a la Meca, nuestro Dios también es grande. ¿Qué dice esa gente?, esa gente no son de fiar, no comen carne de vaca ni cerdo, y no lo piensan dos veces para reventarse y matar a quienes le jodan la paciencia. ¿No te gustaría ser un mártir? , en el cielo te espera un montón de vírgenes. Cojones, ninfas nuevecitas, en su nylon, pero me gusta el puerco y la carne de res... ¿Tú prefieres jamar? A mí dame un bollito nuevo y mucha dinamita. Nada de eso, vamos a buscar la Atlántida o el paraíso de la eterna juventud...

No son pocos los trasnochadores, el grupo ha ido creciendo, pero no todos beben, cantan o simplemente miran cuanto sucede en el arrecife. Alguien dice: “No estoy de acuerdo, tampoco soy el único. Si preguntan, mucha gente dirá que quiere quedarse en el mismo lugar.”

Es cierto, lo acompañan otras voces y buena parte del grupo ha venido con carteles. El carabinero joven está en medio de los dos bandos y observa cómo los rostros se tensan. Los ánimos pueden caldearse. Debería reaccionar. Pero es un reflejo condicionado el gesto de llevar su mano a la cartuchera. Está vacía. Entonces sube al muro: “No vale la pena llegar a la violencia. En realidad, no vamos a hacer un viaje, es imposible irse de viaje si no abandonamos el país. ¿Acaso es posible hacer un viaje sin abandonar la patria?”

El joven carabinero debe tener las mejillas encendidas. Gesticula, el dedo índice apunta inquisitivo: “Todavía estamos en nuestro país, en nuestra casa. Conservaremos el jardín, la noche, nuestra familia, la casa, las mascotas... El Presidente, el Primer Ministro, la Junta de Gobierno y Dios no dejarán a la nación y su pueblo a la deriva, se los garantizo. ¿Este cambio les parece una mala iniciativa? Si no nos gusta el

recorrido... si no nos gusta, podemos convencerlos de virar y anclarnos en el mismo lugar.”

Y sin retirar la mano que descansa sobre la cartuchera, el joven carabinero grita: “Decidir el destino de la patria entre todos solo es posible en un país donde se vive en democracia”.

Alguien aplaude tímidamente.

Dos más lo secundan

El aplauso es ya reacción en cadena.

Claudio mira hacia el muro. Se vuelve hacia los dos hombres, la mujer y el hombre-roedor. Mientras ve al carabinero cuarentón liberar el broche de la cartuchera, cruza los dedos y dice: “No hay por qué preocuparse, allá arriba se habla de consenso”.

¿Teatro, acaso es puro teatro? No puedo asegurarlo, al menos muy claro se escucharon las palabras *Pueblo y Democracia*.

—¿Tú sabes qué es la gangrena? —El cuarentón revisa las dos pistolas—. Mi viejo decía que si se te enferma una pierna lo mejor es cortarla.

—¿Eso mismo pensará el Presidente? —Malena toma la mano de Joaquín.

—Depende... —Claudio se encoge de hombros.

Joaquín se acerca con el pico, tiene el rostro contraído y una gran duda: quiere saber cuál sería la respuesta del Presidente.

—Si el Presidente viene con el Ejército seguro sabe de qué va la gangrena —dice el hombre-roedor sin apartarse de su manuscrito—. Pero a mí no me crean. Remen remen remen remen remen, a mí no me crean. Boguen boguen boguen boguen boguen boguen, yo seguiré en lo mío, escribiendo escribiendo escribiendo escribiendo escribiendo escribiendo. Disculpen... ¿me regalan un poquito de agua? Escribir me dará mucha sed, no traje, no tuve tiempo... no pude, allá en el bosque no tuve tiempo, no me dejaron... no tenía de dónde sacarla. Tendré mucha sed. ¿Cortar una pata enferma es una buena metáfora? A mí no me crean. Boguen boguen boguen boguen boguen boguen. Todo depende del tipo de metáfora. Remen remen remen remen remen remen. El amor nace de una metáfora. Boguen remen boguen remen boguen remen. El horror nace de una metáfora. Remen boguen remen boguen remen boguen, que yo seguiré escribiendo, no debo parar, no puedo parar, no debería parar.

Todos miran al hombre-roedor y luego se vuelven hacia el muro. El joven carabinero está de espaldas a ellos y arenga a la multitud reunida frente al litoral mientras blande el índice.

—Vamos —dice Claudio.

Terminan de arriar la lona, el viento bate más fuerte.

Claudio mira la hora, faltan diez minutos para las tres y media. Los trasnochadores no se han movido del muro. La mañana los va a sorprender todavía muy lejos del final del viaje. ¿Qué hacer? La gente sigue a la espera y podrían servir de mucho, deberían decidir si convidarlos o no. Si e preguntaran... no estaría mal tener a nuestro favor varias millas recorridas antes de la llegada del Presidente —y el Ejército— y que determine, de entre todos los presentes tanto en el arrecife como en la avenida, si alguno de ellos simboliza aquella metáfora médica mencionada por el carabinero cuarentón: la pierna con gangrena.

A pesar de la metáfora Claudio no sonrío. ¿Cuánto podrá significar, para el Presidente —y el Ejército—, que la isla no esté soldada a la plataforma? Es cierto, quizá nuestra

República dejaría atrás los cayos e islotes y aparentemente perdería su condición de archipiélago, constantemente estarían cambiando los valores de latitud y longitud, y estaría en dudas la pertenencia no solo a un área geográfica, también geopolítica. ¿Para Claudio todo podría resumirse en una simple cuestión técnica, en redefinir conceptos propios de la Geografía, en diversificar métodos y técnicas de cultivo y cría de animales? Desprender una isla de su plataforma y hacerla navegar no responde a una ecuación polinómica de primer grado.

Se vuelve hacia el muro. Un plan no tiene porqué tener límites rígidos. Todo depende de las circunstancias. Y se meza los cabellos.

—¿Quién soy yo para decir que Dios no existe? Necesito que me ayudes —Claudio toma por el hombro al carabinero cuarentón—. Los que quieran remar bajarán en parejas. La fila deberá estar arriba, aquí en la costa hay muy poco espacio.

Claudio llama a Joaquín y a Malena —el hombre-roedor rechazará la invitación, necesitaba más de quince minutos—. Es el momento de plantear la idea para luego decidir.

A pesar del viento en contra y los trasnochadores, Claudio está convencido de haber sido acompañado, al menos hasta ahora, de la buena suerte. Basta ajustarse a las circunstancias para encontrar una solución.

El carabinero cuarentón camina detrás de Malena y Joaquín. Claudio observa cómo el carabinero sigue el contoneo de la mujer y el andar de Joaquín, el cuarentón no los pierde de vista. A ratos tropieza con los salientes en el arrecife, justo en ese momento aparta sus manos de las dos pistolas. El amor puede comenzar con una metáfora, también el horror, ya lo dijo el hombre-roedor y no es descabellada esta idea.

Claudio se acerca al muro. Falta poco menos de diez minutos para las cuatro de la madrugada y al parecer, en la avenida, el número de curiosos ha aumentado. Les habla, pide que alguien allá arriba organice las parejas. Algunos miran al carabinero joven, pero el muchacho hace un gesto de negación, prefiere quedarse al margen. Dice que tal vez él haga falta para calmar a quienes disientan de la idea de remar.

Alguien se brinda.

Comienza a bajar la primera pareja.

Malena se ocupa de guiarlos, una linterna le muestra dónde, en cuál saliente, poner la mano y el pie. El cuarentón no los pierde de vista, Joaquín se encarga de ubicarlos. Deben remar sin perder el compás. No hay necesidad de apurar el ritmo, solo mantenerlo.

Los trasnochadores esperan su turno, los disidentes la decisión que tomará la Junta de Gobierno, el Presidente y el Primer Ministro. Sobre el arrecife los tres hombres y la mujer siguen cada cual en puestos diferentes. El hombre-roedor ha levantado uno de sus brazos en dirección al cielo. Sonríe, besa el bulto de papeles. Quizá ya terminó de redactar, porque ha guardado el bulto en la bolsa de nylon. La ha anudado. Tras abrirse del estómago con una sevillana guarda allí el manuscrito.

Cuánto no daría por leer esas páginas escritas en una noche cerrada, en una isla a la deriva, sin más luz que el aura desgranada por las farolas allá en la avenida, o el haz del

faro en su infatigable girar. De haber sido yo quien hincara las rodillas en el dienteperro, si mi boca hubiera triturado el arrecife hasta cavar una zanja, quizá esta fuera la estela del grafito en el papel:

*¡Oh Luna! Siempre estuviste a mi lado, alumbrándome en los momentos más terribles; desde mi infancia fuiste el misterio que velaste por mi terror, fuiste el consuelo en las noches más desesperadas, fuiste mi propia madre, bañándome en un calor que ella tal vez nunca supo brindarme; en medio del bosque, en los lugares más tenebrosos, en el mar; allí estabas tú acompañándome; eras mi consuelo; siempre fuiste la que me orientaste en los momentos más difíciles. Mi gran diosa, mi verdadera diosa, que me ha protegido de tantas calamidades; hacia ti en medio del mar; hacia ti junto a la costa; hacia ti entre las rocas de mi isla desolada, elevaba la mirada y te miraba; siempre la misma; en tu rostro veía una expresión de dolor, de amargura, de compasión hacia mí; tu hijo. Y ahora, súbitamente, Luna, estallas en pedazos delante de mi cama. Ya estoy solo. Es de noche.*

Pero no fui el que pegó las rodillas en la roca, tampoco mastiqué la piedra.

—Remen remen remen remen remen —dice el hombre-roedor mientras ensarta hilo negro en una aguja—, no tengan pena, yo seguiré en lo mío —y se da la primera puntada—, cosiendo cosiendo cosiendo cosiendo cosiendo. No debo parar, no puedo parar, no podría parar, boguen boguen boguen boguen boguen. Yo seguiré en lo mío, cosiendo remen cosiendo remen... Disculpen, ¿me regalan un poquito de agua?, escribir y coser me dará mucha sed. No traje agua, no tuve tiempo, no pude, no me dejaron... no tenía de dónde sacarla. Tendré mucha sed, sé que no puedo beber hasta darme la última puntada, de lo contrario toda el agua se me saldrá por la herida. No me den agua hasta que no termine de coser coser coser coser coser. Aunque me muera de sed no me den ni una gota de agua. Cuando tomo agua y me refresco, siento la necesidad de escribir. No tuve tiempo pero he escrito, no pude pero he escrito, allá en el bosque no me dejaron... pero he escrito, no tenía dónde hacerlo pero he escrito, y también sé que debo tener cuidado con las puntadas, sobre todo con la última, o toda el agua se saldrá por el piquete y definitivamente no podré escribir escribir escribir escribir escribir.

Han bajado varias parejas: hombres acompañados de hombres, mujeres y hombres, mujeres y mujeres. Algunos lo han hecho conversando, otras parejas llegaron al arrecife tomadas de las manos, puede verse también un roce de labios antes de tomar los remos, o quienes beben ron a pico de botella. Algunas parejas, tras concluir su turno, no regresan a la avenida, se dispersan a lo largo de la costa, desdibujándose por la poca luz de falso neón de la luna y el haz repetido de la cadeneta de farolas. Hay quienes tienen los pies en el agua, otros se funden en un largo abrazo ya sea de pie o acostados, los hay durmiendo o simplemente conversan. Quienes se ocupan de la boga y el timonel descansarán si el cuerpo, en el instante en que no tenga los remos, obedece la orden y la necesidad de cerrar los ojos y abandonarse al sueño.

Claudio, en silencio, mira la brújula. Comprobará si el viento ha cambiado de rumbo, necesita izar la vela. Pero se detiene, algo lo ha hecho cambiar de idea. Se escucha un leve ruido. El sonido es persistente, baja y sube la intensidad, cada vez resulta más cercano.

Se levanta. Se meza los cabellos, desde el arrecife es imposible saber qué se acerca.

Varias sirenas.

Una señal de alarma.

Autos pidiendo vía libre.

No debe ser una fila de ambulancias. Tampoco el cuerpo de bomberos. ¿Una caravana de patrullas, camiones del ejército, blindados? Debe ser una larga caravana.

Claudio mira al cielo, como si buscara algo entre las nubes. ¿Acaso busca a *alguien*? Si me preguntaras, por cuestiones de credibilidad te diría que ese hombre solo busca el pequeño trazo de falso neón de la luna en esta madrugada de marzo. Un gesto en verdad poético, una metáfora. Una luna como respuesta. La encontrará tras esperar el paso de una nube cuya forma semeja un gran sombrero alón —esa nube bien podría ser una enorme boa, una gran serpiente que ha tragado un elefante.